

Capítulo 1

Mayfair, Londres, 1815

*E*l comandante Thatcher debería haber sido la envidia de la sociedad cuando murió su abuelo, porque esta muerte le significó heredar el título de duque de Hollindrake y todas las tierras, casas y gran riqueza anejas al título.

Pero en realidad nadie lo envidiaba mucho, porque también heredó el cuidado y la manutención de las tres viudas de los herederos anteriores, junto con los dolores de cabeza que producían estas.

Las marquesas de Standon viudas.

No era algo muy extraño tener que mantener a dos condesas o marquesas viudas, viudas mayores que viven discretamente retiradas esperando su recompensa eterna.

No era este el caso de las viudas Standon, porque no sólo eran jóvenes sino que, además, no tenían la menor intención de esperar pacientemente su recompensa eterna.

Ahora bien, la mayoría de las personas estaban de acuerdo en que las dos primeras marquesas, Minerva (viuda del tío Philip de Thatcher) y Elinor (viuda de su tío Edward), hijas respectivamente de conde y barón, eran todo lo altivas y aristocráticas que les correspondía ser por sus elevados títulos. Eso no significaba que no fueran capaces de ser, digamos, difíciles.

«Difícil» no era el adjetivo empleado para calificar a la tercera lady Standon viuda, la ex señorita Lucy Ellyson, la viuda del hermano mayor de Thatcher, Archibald. Por el contrario, Lucy,

lady Standon, dejaba sin habla a la mayor parte de la sociedad de Londres.

U horrorizada, según cuál fuera el día de la semana.

Ese día era miércoles, y llevando en la mano una citación de la esposa de Thatcher, la ya archiconocida duquesa de Hollindrake, Lucy bajó de su coche delante de una casa de Brook Street, consciente de que ese día, justamente ese, debía observar su mejor conducta.

Con ese fin se había puesto su vestido de seda verde favorito, esforzándose por parecer una dama ricachona y respetable. Contemplándose el caro vestido, se pasó la mano por la falda para alisar las arrugas, y se concentró en lo que iba a decir.

«Excelencia, no sé a qué se refería ese posadero. ¿Daños a toda un ala? Vamos, cuando nos marchamos el incendio ya estaba bien controlado.»

Se detuvo a medio paso. No, no, eso no iría bien; casi equivalía a reconocer que el incendio se inició por culpa suya. Y no había ninguna prueba de que ella fuera la culpable.

Al menos no el tipo de prueba como para condenar a alguien.

Hizo otra inspiración profunda y comenzó a ensayar otra parrafada.

«Ah, excelencia, qué hermosa está. ¿Cartas? ¿Qué cartas? Me parece que Minerva se ha confundido en este asunto. Estoy segurísima de que le escribí antes para comunicarle que ocuparíamos la casa de Lancashire todo el mes de diciembre. ¿Cómo iba yo a saber que ella llegaría con su grupo de ocho personas y que la nieve nos obligaría a estar todos ahí encerrados dos semanas enteras? En realidad, la celebración de la Navidad resultó muy alegre y simpática.»

Sí, así daba la impresión de que todos se llevaron maravillosamente bien.

Lo que no podía distar más de la verdad.

Santo cielo, ¿cómo iba a saber ella que lady Gillmore era alérgica a las almendras? ¿O que lord Wainwright se ofendería si le señalaban que hacía trampas con las cartas? ¿O que el señor Mackey estaba a punto de comprometerse en matrimonio con la señorita Gillmore?

Movió la cabeza. ¡Muchachita mimada! En realidad, la damita debería haberle agradecido que le revelara lo sinvergüenza que resultó ser su casi prometido. Y ella, o sea, ella, Lucy, no le había dado al granuja ninguna indicación de que lo deseara en su dormitorio.

La verdad, fue una sorpresa horrorosa y muy desagradable encontrarlo esperándola, tendido cómodamente en su cama, en cueros.

Si hubiera aceptado sus insinuaciones sexuales, ¿habría gritado, echándolo de la habitación y persiguiéndolo con el atizador del fuego?

Pero ni la señorita Gillmore ni sus padres le creyeron. Tampoco Minerva.

No. Y todo porque ella era «esa» lady Standon.

Detrás de ella estaba Thomas-William, el ex criado de su padre, mascullando algo mientras descargaba un baúl; después de dejarlo en la acera miró receloso la sencilla puerta que tenían delante.

— ¿Está segura de que esta es la casa, señorita Lucy?

— Esta es Brook Street, ¿no? — contestó ella, tironeándose los guantes amarillos y comprobando que las cintas de la papalina estuvieran bien atadas.

— Sí — dijo él, dejando su sombrerera encima de un baúl.

— ¿Y el número de esta casa es el de aquella en que el mayordomo de su excelencia nos dijo que podríamos encontrar a la duquesa?

Entrecerrando sus oscuros ojos, Thomas-William echó una escéptica mirada a esa casa de ciudad normalita y corriente.

— Sí. Pero no me gusta esto, no me gusta nada, nada. ¿Qué pretende con todas sus citas y vacilaciones?

Lucy levantó las manos.

— Bueno, a mí tampoco me gusta, pero ¿qué puedo hacer? Ella es la duquesa.

«Por desgracia», le habría gustado añadir.

— No me extrañaría que su poderosa excelencia estuviera tramando algo — estaba diciendo Thomas-William.

Se podría alegar que estaba hablando consigo mismo, pensó

Lucy, pero claro, llevaba tanto tiempo con su familia que no tenía el menor reparo en decir libremente lo que pensaba, y mucho menos a ella.

—Eres demasiado desconfiado, Thomas-William —lo regañó.

Aunque claro, ella también había tenido sus dudas ante esa repentina citación de la duquesa, o esto..., más bien «su gentil invitación», como la instó la querida Clapp, su anciana dama de compañía, a llamar a la inmensa incomodidad de tener que meter en baúles todas sus pertenencias y trasladarse a Londres con todo su personal.

Pero estando ya ahí, y a punto de desafiar a la leona en su propio cubil, por así decirlo, hizo otra inspiración profunda y reanudó el trabajo de formular las explicaciones y disculpas que podrían ser necesarias para salir bien parados en el tal vez horrible ajuste de cuentas que los esperaba.

Porque sin el favor del duque de Hollindrake, el que, traducido, significaba la buena voluntad de la duquesa, no sabía qué haría con su nada respetable grupo de dependientes y criados.

Porque sin casa propia y el poquísimos dinero con el que contaba, no tenía techo sobre su cabeza aparte del que le daba su inverosímil posición como lady Standon.

Sumida en sus pensamientos y preocupaciones, no oyó el ruido de la puerta al abrirse ni se fijó en el hombre que bajó la escalinata a toda prisa, porque estaba muy acostumbrada a la eficiencia de los criados del duque.

De todos modos, pensó que ya era hora de que saliera uno de los lacayos a ayudar al pobre Thomas-William.

Lo que no se le pasó por la cabeza fue que, en su prisa, el hombre no vería el nada armonioso conjunto de baúles y maletas ni que tropezaría con ellos cayendo al suelo cuan largo era cerca de Thomas-William.

Al golpearse en el suelo el hombre soltó una fea maldición, una que jamás debería llegar a los delicados oídos de una dama.

Pero claro, ella ni se encogió porque esas palabrotas las había oído toda su vida, y en esos momentos tenía un nuevo conjunto de preocupaciones.

— ¡Uy, santo cielo! — exclamó, mirando al enorme hombre desparramado en el suelo; porque, ¿qué haría ella si él se había roto un hueso?

Sólo podía imaginarse la consternación de la duquesa al tener inutilizado a uno de sus lacayos por causa de su equipaje.

Ah, sí, eso sería la última y decisiva gota, no pudo dejar de imaginarse.

Pero, aliviada, vio que el hombre se levantaba rápidamente, sacudiéndose la chaqueta y cuadrando los hombros en postura firme y orgullosa.

— Menos mal — suspiró, porque él parecía estar muy bien—. Ah, sí, mi buen hombre, lo lamento mucho — le dijo—. ¿Crees que podrías arreglártelas con esos tres baúles? No son tan pesados como parecen.

Entonces, armándose de valor, dio la espalda a su última escena del delito y empezó a subir alegremente la escalinata, como si la hubieran invitado a tomar el té, y no recibido esa misteriosa citación.

Pero cuando puso el pie en el peldaño superior, tuvo la inquietante sensación de que la seguían, así que, siendo la hija de su padre, se giró. Y en lugar de encontrarse, como habría esperado, más o menos, ante el lacayo llevando su equipaje como debía, se encontró cara a cara con un hombre que tenía toda la apariencia de ser un fantasma de su pasado.

Sólo que estaba vivo. Y muy vivo.

Porque no era un lacayo que había salido a ayudar; no era un criado de Hollindrake el que se tropezó con su equipaje. Ahí, sobre un peldaño de la escalinata, mirándola con una expresión que no logró descifrar, estaba el último hombre al que habría esperado volver a ver.

Él. Él en persona. El conde de Clifton.

Y claro, jamás había conseguido interpretar algo en las profundidades de esos inescrutables ojos azules; jamás había podido controlar las desbocadas palpitations de su corazón, ni el revoloteo que sentía en las entrañas, como moviéndose al ritmo de una banda de trompetas.

«Es él, es él, Lucy. Es él.»

No, verlo la hizo olvidar que era miércoles, el día en que debía encontrarse con la duquesa. Le impidió recordar que ahora era una dama, una marquesa incluso, viuda por añadidura, y, lo más importante de todo, olvidó que debía observar su mejor conducta.

—Buen Dios, Gilby, ¿eres tú? —exclamó, sintiendo temblar las piernas ocultas por la falda de seda.

Ella, Lucy Ellyson, temblando como una jovencita que va a hacer su presentación en sociedad. ¡Sí que era un día extraordinario!

—Seño-rita Elly-son —tartamudeó él, y su voz no contenía nada de la familiaridad que existió entre ellos en otro tiempo.

Simplemente estaban ahí mirándose, como si los años transcurridos no fueran otra cosa que un abrir y cerrar de ojos.

«Volveré a buscarte Goosie, te lo prometo. ¿Cómo podría no volver a ti cuando te amo tanto?»

«Y te tomo la palabra, Gilby —bromeó ella—. Porque si no vuelves yo iré a buscarte. Te obligaré a recordar.»

Pero él no volvió.

—Lo siento —dijo él—, supongo que debería llamarte por tu nombre de casada, pero no lo sé.

Ella negó con la cabeza.

—Lucy sigue yendo bien, milord.

—Lucy, entonces —dijo él.

Nuevamente se miraron, ella empapándose de la vista de él, con el corazón retumbante mirando su cara todavía guapa.

En otro tiempo conocía todos los contornos de su cara; antes de que él se marchara los había memorizado, y todos esos años había tenido ese semblante en su corazón. Pero ¿ahora? Había un destello en sus ojos que no reconocía, no lograba interpretar.

Y eso le hizo bajar un estremecimiento de inquietud por la columna. «No es él.»

Y ese desasosiego la hizo comprender que necesitaba decir algo para dejar de mirarlo boquiabierta.

Para dejar de buscar al hombre al que amaba.

«Que había amado», enmendó, y entonces preguntó:

—¿Qué haces aquí? No había oído, es decir, no sabía que estas...
bas...

Cerró la boca, no fuera a hacer un ridículo total.

Sobre todo cuando él retrocedió, dejando un doloroso abismo entre ellos.

«Siempre estuvo ahí ese abismo, Goosie —le susurró una voz muy parecida a la de su padre—. Simplemente tú no querías verlo.»

—He venido a la ciudad a ocuparme de unos asuntos. ¿Y tú? —dijo él, en tono educado, como quien se encuentra por casualidad con una vieja amiga o conocida.

¡Una conocida!, pensó ella, con cierta rabia. Cuando en otro tiempo eran inseparables. Pasaron juntos una noche inolvidable, abrazados, tan unidos que ella no habría creído jamás que algo pudiera separarlos.

Sin embargo, todo lo había separado.

—Yo también he venido a Londres a atender unos asuntos —consiguió contestar, desconcertada por su frialdad—. Pero ¿qué te ha traído a esta casa?

Se tironeó los guantes y volvió a mirarlo a los ojos.

Con cierta esperanza.

—Un viejo asunto —dijo él, mirando pensativo hacia la puerta a la que ella daba la espalda—. Pero ha resultado en nada...

Ella miró la puerta por encima del hombro, pensando qué tipo de asunto tendría que tratar el conde con la duquesa, pero antes que pudiera llegar a una conclusión probable, le entró en los oídos lo que estaba diciendo él:

—... hace algún tiempo fui a la casa de Hampstead, y ahí me enteré de que todos —hizo un gesto hacia Thomas-William y volvió a mirarla a ella—, os habíais marchado.

A ella se le encendió una chispa de esperanza en el corazón.

—¿Fuiste a verme?

Y durante un segundo, un breve relámpago, creyó ver esa luz, esa osada chispa de deseo en su mirada. La chispa que en otro tiempo habría jurado, sólo ardía por ella.

Pero el rayito de esperanza fue pasajero. Como muchas otras cosas del conde, eso también había resultado ser un error.

—A ver a tu padre —dijo él.

Entonces guardó silencio y desvió la mirada; sin duda se sentía muy incómodo por ese encuentro fortuito.

Como si deseara que terminara.

O, peor aún, que no hubiera ocurrido.

Él volvió a mirar al ex criado de su padre.

—Me alegra verte, Thomas-William. Tan sano y fuerte como siempre, espero.

—Sí, milord —dijo el criado, en tono abrupto, sin corresponder el resto del saludo.

Entonces este la miró a ella, la mirada con que solía advertirle que se estaba metiendo en aguas profundas.

Pero ella no logró entender qué lo hacía mirarla así, hasta que él hizo un gesto con la cabeza hacia el coche.

El coche y su contenido.

O, mejor dicho, sus ocupantes.

—Ah, santo cielo —susurró.

—¿Pasa algo? —preguntó el conde, su oído tan bueno como siempre.

—No, nada —dijo ella, tironeándose los guantes otra vez—. Sólo acabo de darme cuenta de que estoy... bueno, ocupándote demasiado tiempo.

—No, no —dijo él—. Me alegra haberte visto. Eso me ahorra el problema de intentar encontrarte.

«Deseaba encontrarme», cantaron nuevamente las trompetas, aunque, claro, en celebración prematura.

—Lo lamenté muchísimo cuando me enteré de la muerte de tu padre y de tu hermana, y más aún que tuvieran que comunicármelo los nuevos inquilinos. Este encuentro casual me da la oportunidad de ofrecerte mis condolencias —dijo él, volviendo su atención, lo que fuera de su atención, a ella—. Su pérdida fue una tragedia terrible para ti, no me cabe duda, en especial la de Mariana, porque era demasiado joven para morir.

Guardó silencio, como hacían la mayoría de las personas cuan-

do hablaban de la muerte de Mariana. Ella había sido la coqueta de la familia, el espíritu alegre que veía lo bueno en todo, la que podría haber sido duquesa, y una buena duquesa además.

Entonces el conde habló en voz baja, para que sólo lo oyera ella, en voz tan baja que pensó que igual se estaba imaginando las palabras:

—Fue un terrible golpe llegar a la casa y encontrarme con desconocidos viviendo ahí.

Aunque en realidad ella no lo estaba escuchando.

«A ver a tu padre», había dicho.

«Fue a ver a tu padre, Lucy Ellyson Sterling, no a ti. Eres una boba si crees que el conde de Clifton volvería a buscar a una chica alocada y maleducada como tú, sobre todo después de tanto tiempo.»

La voz que sonaba en su oído tenía un sospechoso parecido a la de lady Geneva, la decorosa y muy almidonada tía del duque de Hollindrake, la única Sterling que se había impuesto, como trabajo personal, la tarea de reñirla y corregirla constantemente, además de escribirle mordaces notas relativas a los informes que le llegaban sobre su conducta.

«Y deja de mirarlo tan extasiada», habría añadido lady Geneva.

En su interior saltó una chispa, con la que cobró vida su renombrado mal genio. Tal vez se debió al exceso de regañinas de sus parientes políticos Sterling en ese último tiempo, o tal vez a que la citación de la duquesa la tenía más nerviosa de lo que quería reconocer.

O, lo más probable, ver a Justin Grey, el conde de Clifton, delante de ella con sus tibias condolencias por «una tragedia terrible». ¿Eso era todo lo que se le ocurría decir? Con sus muertes lo había perdido todo, todo lo que ella amaba.

Porque a él ya no lo contaba en esa lista.

Echándole una rápida mirada, dijo, haciendo su mejor imitación de lady Geneva:

—Siento mucho tus molestias. Si hubiera sabido dónde estabas, o cómo contactar contigo...

¿Qué habría hecho? ¿Escribirle? ¿Suplicarle que viniera a ayudarla?

¿Sólo para renovar todos los sufrimientos de antes? ¿Para volver a descubrir la fea verdad cuando sus súplicas cayeran en oídos sordos, para comprender de una vez por todas que ella no había significado nada para él?

—No, no, señorita Ellyson, soy yo el que debo pedir disculpas —estaba diciendo él—. Debería haber venido antes para manifestar mi pesar.

¿Su pesar? ¿Cuál? ¿El de haberla besado? ¿El relativo a su promesa de volver? ¿O sería solamente su pesar por esa noche en la posada cuando...?

Paró ahí. Ese no era el momento ni el lugar para pensar en eso, y ya hacía años que había llegado a una especie de entendimiento respecto al lugar que ocupaba él en su corazón; al menos creía que había llegado, hasta sólo un momento antes, cuando él reapareció en su vida. ¡Y a ella la preocupó la posibilidad de que se hubiera roto un hueso!

Menos mal que no, porque así estaba sano y fuerte para marcharse. Y marcharse pronto. Porque el terror que veía en la cara ya casi apopléjica de Thomas-William le decía con mucha claridad que debía intentar alejar al conde. Pero todavía quedaba una pieza del rompecabezas por colocar.

Porque al fin y al cabo era hija de su padre, y él siempre decía: «La información es la que nos mantiene vivos».

Obligándose a esbozar una sonrisa, preguntó:

—¿Y qué es lo que te ha traído justamente aquí, a Brook Street?

Claro que siempre estaba el otro dicho favorito de su padre: «Hay que saber cuándo dejar de hacer preguntas».

—Buscaba a lady Standon.

—¿A lady Standon?

Se habría sorprendido menos si él le hubiera hecho profesión de amor eterno, y esta vez lo hubiera dicho en serio. Aterrada miró a Thomas-William, que en ese momento estaba mirando el equipaje, como para decidir qué coger si se hacía necesaria una fuga precipitada.

El conde asintió, mirando receloso la puerta.

—Sí, ¿la conoces?

—Esto, yo... —Miró desesperada hacia Thomas-William.

Afortunadamente el conde no captó el motivo de su turbación.

—Exactamente lo que pensé. La dama acaba de echarme con cajas destempladas.

—¿Sí? —dijo ella, recelosa, pero se recuperó y procuró parecer despreocupada—. Quiero decir, ¿para qué deseabas ver a lady Standon? Es francamente aterradora... —Se estremeció haciendo mucha comedia—. Al menos eso me han dicho.

Thomas-William movió la cabeza y se puso al trabajo, cogiendo las sombrereras y devolviéndolas al maletero del coche.

Hombre maravilloso Thomas-William. Sabía lo mucho que le gustaban esos sombreros.

Clifton estuvo en silencio un momento, observándola detenidamente. Después de todo había sido alumno de su padre también, y por lo tanto conocía todas las viejas máximas.

—Un viejo asunto —dijo—. No tiene gran importancia. Todo debe de ser un error, en todo caso, aunque es muy impropio de Strout cometer ese tipo de errores.

—¿Strout? —musitó ella, con voz débil.

Santo cielo, era de esperar que Thomas-William consiguiera coger el baúl azul más pequeño. Ahí guardaba su mejor vestido.

—Sí, el señor Strout —dijo él—. Pero claro, tienes que conocerlo. Le llevaba los asuntos a tu padre, ¿verdad?

Ella sólo pudo asentir.

—Bueno, no logro ver a Malcolm relacionado con esa bruja —dijo él, haciendo un gesto hacia la puerta—. Tampoco logro imaginarme que la haya conocido.

—¿Malcolm? —repitió ella.

Buen Dios, ya comenzaba a hablar como un loro. Lo que necesitaba era cambiar de tema, y rápido.

—Sí, supiste lo que le pasó, ¿verdad? —preguntó él.

La pena que detectó en su voz le oprimió el corazón, tanto que casi alargó la mano para tocarlo, como podría haber hecho antes.

Por lo tanto, se cogió firmemente las manos y se limitó a decir unas palabras sencillas y amables:

—Sí. Lo lamenté muchísimo cuando supe de su...

¿De su qué? ¿Muerte? No podía decir eso porque no era la verdad. Fue asesinato en realidad. Le dispararon en una playa cerca de Hastings creyendo que era un contrabandista.

Cuando Malcolm no había sido eso, había sido mucho más.

Tal como su hermano.

Tartamudeó sin saber cómo terminar la frase, y finalmente dijo a borbotones:

—Habría escrito, pero no sabía adónde enviar...

—Sí, lo comprendo —interrumpió él, con una voz abrupta, formal, que nuevamente la hirió, traspasándole el corazón.

Buen Dios, la muerte de Malcolm debió dejarlo destrozado, tal como a...

La situación fue de mal en peor, porque entre ellos surgió una incomodidad terrible, y los dos miraron a la izquierda y a la derecha, para no mirarse a los ojos.

Entonces Clapp, la querida y nerviosa Clapp, acudió a rescatarla sin saberlo.

—Lucy, ¿esta es la casa? —preguntó, asomada a la ventanilla del coche—. ¿O debo permanecer aquí fuera todo el día en esta corriente de aire? Sabes que este viento podría tener consecuencias terribles.

«También podría tenerlas estar contemplando al conde de Clifton como una boba», deseó añadir Lucy. Pero simplemente dijo:

—Quédese donde está, por favor, señora Clapp. Yo tendré arreglado este asunto de inmediato.

Hizo un gesto de disculpa al hombre que tenía delante.

Su Gilby.

El conde de Clifton, enmendó. Nunca volvería a ser su amadísimo Gilby. ¿No hacía años que había renunciado a ese sueño? Ni siquiera pensaba en él.

Bueno, es decir, si una vez al día no se considera frecuente.

—Creo que debo...

—Sí, sí, debes ocuparte de tu empleadora —dijo él, mirando hacia el coche y sacando una conclusión errónea.

Lógicamente él la creía pobre, y pensaba que ahora que no le quedaba nadie debía arreglárselas sola en el mundo.

Del pasado le llegó la voz de su padre: «Goosie, los hombres como él nunca miran a una chica como tú, al menos no de la manera que tú deseas».

El conde le sonrió amablemente.

—Me alegra verte bien colocada, señorita Ellyson.

No Lucy. No su Goosie, sino señorita Ellyson.

Plantó firmemente los pies en el peldaño, para impedir que se le moviera uno y la bota conectara con su espinilla.

—Si alguna vez tuvierais necesidad de algo, tú o Thomas-William —continuó él—, no dudes en contactar conmigo, por favor. Tengo una deuda inmensa con tu padre.

No con ella, con su padre. Apretó los labios, porque la vieja herida la impulsaba a hacer algo peor que armar una escena arrojándolo escalinata abajo de una patada, como a un molesto vagabundo.

No, algo mucho, mucho peor; como, por ejemplo, echarse a llorar como una regadera, ahí, en Brook Street; ahí, delante de buena parte de Mayfair.

Habiendo dicho eso, él le cogió la mano y le dio un breve apretón. Y entonces, con la misma rapidez, se la soltó, se tocó el sombrero en un saludo a Thomas-William y atravesó la calle hasta donde un niño estaba sujetando las riendas de un inmenso caballo negro.

Mientras él se alejaba, con ese imponente paso suyo, ella intentó hacer varias respiraciones, con el fin de calmar su desbocado corazón.

«Llámallo, Lucy. Dile la verdad. Aclárale las cosas. Dile quién eres. Una viuda, una marquesa incluso. Una verdadera dama, digna de ser su...»

¿Y después qué? ¿Verlo arrebatarle todo lo demás que ella amaba? ¿Dejar que él le destrozara lo que le quedaba de corazón? Además, el noble que acababa de darle la espalda tenía más el aspecto de un desconocido que el del hombre que conociera en otro tiempo.

Su héroe. Su Gilby.

¡Bah! Era, como decía siempre su padre, «uno de ellos».

El conde le pasó una moneda al niño, montó en su caballo de

un solo y ágil movimiento y se alejó por la calle sin girarse a mirarla ni una sola vez. Lo cual fue bueno, porque antes que hubiera avanzado la mitad de la manzana, se abrió la portezuela del coche y de un salto bajó un niño pequeño.

—Lucy, ¿quién era ese? —preguntó el niño de seis años, poniéndose a su lado y cogiéndole la mano.

Su otro escándalo; su amadísimo Mickey.

—Un viejo amigo —contestó, apretándole la pequeña mano.

—¿Es un encopetado?

—Mickey, sabes que no me gusta que emplees ese lenguaje. Hablas como un cochero.

El niño apretó las mandíbulas, porque, como sabía ella, pensaba que crecer para ser un cochero era mejor que para ser un caballero.

—Bueno, ¿lo es?

—Sí —contestó ella, intentando reprimir el suspiro.

—¿Uno noble?

—Sí, es conde. En realidad es un héroe, Mickey. Ayudó a Wellington en España.

—¿Es uno de los caballeros de papá Ellyson? —preguntó Mickey, mirando con impresionado respeto la espalda del hombre que se alejaba.

—Sí.

—¿Y era amigo tuyo? —preguntó el niño, como si no le creyera.

—Sí.

—¿Y sigue siendo amigo?

La voz de Mickey sonó esperanzada, porque vivía fastidiando al duque de Hollindrake para que le contara historias de España, y veía la posibilidad de que hubiera otro hombre que pudiera regalarle los oídos con historias sobre arduas batallas y sobre ser más listos que Napoleón.

—Creo que no —contestó.

—Qué lástima —dijo el niño, golpeando con el pie un adoquín suelto—. Es muy fino ese pedazo de animal que monta. Y me gustó bastante su facha.

Esta vez ella no lo regañó por el lenguaje vulgar; le sonrió, mirando sus ojos oscuros e insondables, y luego echó una última mi-

rada a lord Clifton, justo en el momento en que este daba la vuelta a la esquina y se perdía de vista.

Porque a ella también le gustó bastante su facha.

Aunque cuando lo conoció no le gustó mucho. Muy sinceramente, no le gustó nada.

Arrogante, orgulloso, y demasiado altivo para su bien.

Cómo deseó poder seguir teniendo esa opinión de él, porque entonces le sería mucho más fácil reconciliarse con esa visión que con la verdad, porque esta contenía todo el sufrimiento que igual podría destrozarle el corazón otra vez.